

LIBRO DÉCIMOSEXTO

LA LEY DE 31 DE MAYO

- SUMARIO: I.—El partido conservador y el partido socialista frente á frente.—El partido conservador: depuraciones; instrucciones ministeriales.—Supresión de los árboles de la libertad; lenguaje agresivo del general d'Hautpoul; esta actitud resuelta es aprobada por la mayoría parlamentaria. El partido socialista: propaganda en el campo; los transportados de Junio; riñas en el barrio de Saint-Martin; aniversario del 24 de febrero.
- II.—Proceso de los acusados de 13 de junio: cómo se hacen indispensables, á consecuencia de este proceso, elecciones complementarias: estas elecciones se fijan para el 10 de marzo; importancia que les da la opinión pública.—Candidatos del partido del orden: M. Foy, el general de la Hite, M. Bonjean.—Candidatos del partido socialista: Vidal, Flotte, Carnot; significación de cada uno de estos nombres.—Ardor de los dos partidos; circular de M. Carlier; reuniones públicas.—Son elegidos los candidatos socialistas.—Alarma y cólera de los conservadores; audacia creciente del partido demagógico.
- III.—Cómo los electores del Sena son nuevamente convocados para el 28 de abril.—Comité democrático socialista: extraño conciliábulo; Eugenio Sué proclamado candidato del partido demagógico. Partido del orden: episodio del 23 de junio de 1848; candidatura de Leclerc. Polémica entre los dos partidos; terrible catástrofe del puente de Angers: de qué modo piensa explotar este accidente el partido revolucionario.—Es elegido Eugenio Sué.
- IV (Extracto del texto de *La Gorce*).—Estupor del partido conservador; su cólera es aún mayor que su perturbación.—Propónense varias medidas de reacción; el deseo de los hombres de orden se concreta: es preciso, dicen, reglamentar el sufragio universal.—Nota del *Monitor* (2 de mayo); creación de una comisión de diez y siete miembros encargada de preparar la reforma de la ley electoral; composición de esta comisión.—Proyecto de ley presentado á la Asamblea; economía del proyecto; tiende á reducir y depurar el cuerpo electoral: 1.º, por la ampliación de los casos de indignidad; 2.º, por exigencias extraordinarias en materia de domicilio.—Comisión parlamentaria: introduce muy pocas modificaciones en el proyecto ministerial. M. León Faucher es nombrado ponente. Actitud del partido socialista y de los republicanos moderados; sentimientos que reinan en el partido conservador.
- V (Extracto del texto de *La Gorce*).—Ábrese la discusión pública en 21 de mayo.—Los adversarios del proyecto: Cavaignac, Víctor Hugo, Grevy.—Discurso de Montalembert.—Intervención de Lamartine; extrañeza de esta intervención; palabras de conciliación poco atendidas.—Declaraciones ministeriales.—Thiers: su discurso interrumpido por los clamores furiosos de la izquierda; la *viv multitude*.—Discusión de los artículos; todas las enmiendas son rechazadas excepto las que amplían los casos de indignidad. Votación de la ley (31 de mayo).
- VI.—Cómo se explica la ley de 31 de mayo por la sucesión de los acontecimientos.—Juicio acerca de esta ley; intenciones leales de sus autores; legalidad equívoca y eficacia dudosa.—Cómo acoge el partido demagógico el resultado del escrutinio; se reserva para 1852. Cómo algunos representantes de la mayoría parecen disgustados de su victoria.

I

Mientras la Asamblea discutía la ley de enseñanza, las pasiones políticas no estaban ociosas, antes al contrario se acentuaban: el partido conservador impulsaba cada vez más hacia la reacción; el partido republicano se encaminaba de día en día hacia la demagogía.

Los miembros del gabinete de 31 de octubre eran por su origen poco del agrado de la Asamblea, pues se les echaba en cara que representaban demasiado exclusivamente la política personal del príncipe. Un medio se les ofrecía para reconquistarse las simpatías de la Asamblea: hacer una guerra sin cuartel á los socialistas y aun á los mismos republicanos, y no dejaron de utilizarlo.

Ya hemos visto cómo los ministros del Interior y de la Justicia habían realizado en la administración y en la magistratura las depuraciones aplazadas ó rechazadas por M. Barrot y M. Dufaure. El socialismo había hecho numerosos prosélitos entre los empleados secundarios, maestros, agentes de vialidad, carteros rurales y agentes de contribuciones, en vista de lo cual cada ministro envió á sus subordinados severas instrucciones. El de la Justicia, en una circular dirigida á los fiscales,

no sólo les ordenaba que vigilaran á los magistrados de su territorio, sino que además les invitó á que «le informaran acerca de los empleados ajenos á su administración» «cuya falta de instrucción y malas tendencias habían sido ellos llamados á comprobar (1)». El general d'Hautpoul, ministro de la Guerra, aún fué más allá, puesto que en una circular de 12 de noviembre de 1849 invitaba á los tenientes coroneles de gendarmería á que recabaran de los oficiales y sargentos á sus órdenes «partes no periódicos y absolutamente confidenciales y á que observaran en todas partes los actos de los agentes del poder.» Estas instrucciones, por su índole, eran secretas; pero á sus autores no les disgustaba que fueran conocidas. En 11 de diciembre, habiendo un representante de la extrema izquierda, el señor Baune, denunciado la circular del general d'Hautpoul á la gendarmería, éste juzgó que la mejor manera de hacer callar á sus adversarios era, no defenderse, sino atacar, y encarándose con la Montaña, exclamó con un aplomo rayano en bravata: «No sois más que una infima minoría; tenéis audacia...», pero nosotros os desen-

(1) Esta circular fué leída algunos meses después por el ministro de la Justicia, en la sesión de 27 de marzo de 1850 (*Monitor* de 1850, pág. 1029).

mascararemos y os impediremos toda acción. Esto se lo que haremos con el apoyo de la mayoría, no con vosotros, pues de vosotros no queremos nada (1)». Y como estas tendencias se afirmaban, se acometió la tarea de borrar las últimas huellas de la administración republicana. El impuesto sobre las bebidas, suprimido por la Constituyente, fué restablecido con gran ventaja para el Tesoro que necesitaba de todos sus recursos. En las esquinas de las encrucijadas y en las plazas veíanse todavía los árboles de la libertad plantados en febrero, que eran una especie de álamos sagrados, tan mustios como el régimen que simbolizaban. El prefecto de policía, M. Carlier, hombre enérgico, resuelto y habitualmente provocador, hizo arrancar muchos de aquellos árboles á pretexto de que estorbaban la circulación, y lo hizo con tal ostentación de celo, que su disposición parecía un reto. En vista de que los partes de las provincias indicaban alguna agitación, un decreto de 12 de febrero creó en los departamentos del Este, del Oeste y del Mediodía tres grandes comandancias militares, y habiendo sido esta medida objeto de una interpección de M. Pascual Duprat, el general d'Hautpoul contestó con aquella osadía agresiva que iba siendo el tono ordinario de las comunicaciones oficiales: «El gobierno y la mayoría, dijo, quieren lo mismo, quieren el cumplimiento de la ley, el cumplimiento de la Constitución, el orden público y la seguridad para todos. Esto es lo que queremos... Vigilaremos continuamente y siempre estaremos en la brecha, sean cuales fueren los clamores que oigamos... En cualquier hora estaremos apercibidos; podéis comenzar mañana mismo si queréis... (2)». La mayoría aplaudió estas palabras que halagaban sus pasiones, y casi perdonaba al ministerio que amparase al presidente, en gracia al interés con que velaba por la causa del orden. Los oradores de la derecha empleaban análogo lenguaje y expresaban iguales ideas con más elocuencia y casi con la misma audacia: Montalembert describía la República como una *frágil armadita* siempre á punto de zozobrar, y Thiers, desde la tribuna, no vacilaba en calificar de *funestas* las jornadas de Febrero. Sin embargo, el espíritu de reacción no revestía las mismas formas en los familiares del Eliseo que en los jefes de la mayoría: los primeros, verdaderos parlamentarios, sin dejar de denunciar el peligro social, invocaban ante todo el apoyo de la ley; los segundos, autoritarios puros, tendían ya á engrandecer, en detrimento de todo lo demás, al ejército y á la policía, esos dos instrumentos de gobierno; aquéllos tenían más apariencias, mayor autoridad y también mayores escrúpulos; éstos, más confiados en la fuerza material, habían de adquirir mayor poder efectivo. Esta diferencia hacíase ya patente y permitía adivinar cuál de los dos poderes, en caso de conflicto, se pondría por encima del otro.

El partido socialista, á su vez, estaba más exasperado que intimidado por aquellas represiones y amenazas: vencido en junio de 1848 por Cavaignac, desconcertado en enero de 1849 por el general Changarnier, desautorizado cuatro meses después por el sufragio universal y nuevamente derrotado por el mismo Changarnier

(1) *Monitor* de 1849, pág. 3981.

(2) *Monitor* de 17 de febrero de 1850, pág. 577.

en 13 de junio, no se dispersaba sino para volver á organizarse en seguida y había acabado por absorber al partido republicano moderado, que, aunque con tímidas protestas, le obedecía. La propaganda era especialmente activa en el campo, en donde á fines de 1849 se distribuyeron gran número de almanaques y folletos, siendo muchas veces los propios carteros los que se encargaban de distribuir aquellos pequeños impresos, á pesar de no haber pasado por las oficinas de correos (3). En el Mediodía multiplicábanse los círculos democráticos, y en varios puntos, en particular en el Herault, estallaron algunos desórdenes. En París, el aparato de fuerzas contenía las pasiones prontas á estallar. Los deportados de Junio, en gran número indultados por el presidente, regresaban más que como hombres arrepentidos como ciudadanos facciosos, y con ocasión de la supresión de los árboles de la libertad, se les vió reunirse en el barrio de Saint-Martin, entablar lucha con los agentes de policía, amenazar al general Lamoriciere que casualmente se halló en aquellas calles tumultuosas y acometer al fiscal de la República á quien los deberes de su cargo llevaron al teatro de las peleas. Poco tiempo después, el segundo aniversario de las jornadas de Febrero dió nuevo pretexto para las manifestaciones: varios grupos, en medio de los cuales había algunos soldados, se encaminaron á la plaza de la Bastilla y una vez en ella depositaron coronas al pie de la columna erigida á la memoria de los muertos de 1830 y 1848 que reposaban bajo las losas del monumento, pronunciando discursos, glorificando la revolución y excitando á la resistencia contra la reacción. Aquella agitación, poco grave en sí misma, era alarmante como síntoma del estado de los ánimos.

II

A todo esto, varias elecciones complementarias ofrecieron á los partidos ocasión de contarse y proporcionaron nuevo pábulo á las recíprocas animosidades.

En 10 de octubre habíase reunido en Versalles el Tribunal Supremo para juzgar á los autores ó cómplices del atentado de 13 de junio, y después de largos debates que dejaron indiferente al público, había dictado su fallo. Los acusados eran sesenta y siete, de los cuales treinta y seis estaban en rebeldía. Estos últimos, entre los que figuraban Ledru-Rollín, Félix Pyat, Considerant y Martín Bernard, habían sido todos condenados á la pena de deportación. De los presentes, impúsose la misma pena á diez y siete; tres fueron condenados á cinco años de prisión, y once absueltos, entre ellos Forestier. Aquella decisión judicial había dado por resultado separar del Parlamento treinta representantes, y para proveer estas vacantes un decreto convocó á los colegios electorales para el 10 de marzo. En diez y seis departamentos debían efectuarse elecciones: el del Sena tenía que elegir quienes reemplazaran á los sargentos Boichot y Rattier y á Considerant, de modo que había de nombrar tres diputados.

La agitación electoral excitó aun á los más prudentes: la conducta provocativa del ministerio, el afán de los

(3) *Monitor* de 1849, pág. 4049; circular del director general de correos destinada á reprimir dichos abusos.

socialistas por vengar sus derrotas y la importancia de una votación que permitiría a los partidos contar sus progresos ó sus pérdidas, todo imprimió á la lucha un carácter especial de aspereza. Y lo mismo que en París desencadenáronse las pasiones en provincias; pero en la capital es donde pueden ser tales pasiones más fácilmente estudiadas.

El comité de la *Unión electoral*, que ya había funcionado en las elecciones anteriores, centralizó los esfuerzos de los conservadores, y después de un escrutinio preparatorio en el que tomaron parte 60.000 votantes, adoptóse una lista de tres candidatos: M. Fernando Foy, hijo del ilustre orador de la Restauración, el general de la Hütte, ministro de Negocios extranjeros, y M. Bonjeán, abogado distinguido que posteriormente se hizo célebre por su muerte tan gloriosa como terrible. De estos tres nombres, el primero estaba destinado á unir á los orleanistas y liberales; los otros dos eran especialmente gratos al Eliseo.

En el partido democrático, un comité constituido por delegados de los diferentes distritos se encargó de clasificar, interrogar y designar á los candidatos. Aquellos delegados eran en número de doscientos veintitrés, á cual más desconocido; sólo cinco ó seis eran menos ignorados que los demás ó habían de llegar, con el tiempo, á la notoriedad: Naquet, Tousseneil, Hipólito Castille y Enrique Martín. Ante este tribunal, designado con el nombre de *Conclave*, se presentaron los candidatos; y no se sabe qué admirar más, si la audacia de aquellos desconocidos que de antemano se hacían árbitros de la elección, ó la mansedumbre de los solicitantes que aspiraban á tal investidura. Fueron inscritos cuarenta y ocho candidatos, entre los cuales había socialistas ó comunistas, como Vidal y Cabet; militares como el sargento Pujo y el soldado Daniel, un deportado de Junio y recientemente indultado, Pablo de la Flotte, un profesor de la Universidad, hacía poco privado de sus funciones, M. Deschanel, un ex par de Francia, M. de Alton-Shée, el publicista Emilio de Girardin y varios antiguos miembros ó ministros del gobierno provisional, como Dupont de l'Eure, Carnot y Goudchaux.

Quando estuvieron acordadas las listas preparatorias, procedióse al interrogatorio de los postulantes, habiendo ofrecido cierto interés únicamente el de M. de Girardin, quien se declaró enemigo de la arbitrariedad bajo todos los regímenes, partidario del impuesto sobre el capital y hostil á la institución de la presidencia. Con el flexible talento que le caracterizaba, justificó el candidato el apoyo por él prestado á la candidatura de Luis Bonaparte, expuso complacientemente lo que haría si llegaba á ser ministro, y á las declaraciones que le pidieron añadió explicaciones que nadie le pedía, insistiendo en los comienzos de su carrera periodística, en el asunto de las minas de Saint-Berain, y en una palabra, en todos los puntos de su vida oscuros ó que habían sido objeto de calumnias. Terminadas estas pruebas, los delegados discutieron los diversos títulos y luego se pasó á la votación: De Flotte, el deportado, obtuvo 204 sufragios; Vidal, discípulo de Luis Blanc, 182, y por último, Carnot, el que había sido ministro de Instrucción pública en el gobierno provisional, reunió en un segundo escrutinio 135 adhesiones. Los tres fueron proclamados

candidatos (1). La significación de aquellas elecciones era clara: De Flotte simbolizaba la rehabilitación del motín de Junio; Vidal representaba las doctrinas sociales, y finalmente el nombre de Carnot era por sí solo una protesta contra la ley de los maestros y contra la ley de enseñanza. Todas las fracciones del partido republicano se unieron en torno de aquella candidatura. La asociación de los *Amigos de la Constitución*, compuesta de ex-constituyentes, había proclamado en 22 de febrero la necesidad de la unión y expresado «el deseo de que se adoptara una lista única (2)». Los autores del decreto de deportación se dieron las manos con los deportados, y nunca estuvo el país más claramente dividido en dos campos irreconciliables: en uno, los monárquicos de todos los matices; en otro, los republicanos de todas clases, desde Goudchaux hasta Flotte. Así se inauguró la lucha.

El ardor fué igual por ambas partes. Desde que comenzó el período electoral, M. Carlier, en una circular dirigida á los comisarios de policía de la ciudad de París, les había ordenado no sólo que vigilaran las reuniones públicas, sino además que «rectificaran las ideas falsas, que restablecieran la verdad de los hechos, que avisaran á los buenos ciudadanos» y sobre todo que les pusieran en guardia contra el socialismo, «porque el socialismo, decía el prefecto, no es otra cosa que la barbarie (3)». Por lo terminante de este lenguaje se veía que el poder, en vez de rehuir el combate, se presentaba dispuesto á aceptarlo, á bien que el partido de orden no necesitaba que le excitaran. La prensa conservadora no cesaba de denunciar los peligros próximos ni de poner de manifiesto los manejos de la facción contraria, é indignada sobre todo por las tentativas de excitación á la indisciplina de que era objeto el ejército, invitaba á los militares á que votaran «á los que los defienden, no á los que los ametrallan.» En cuanto á los socialistas, tan pronto aparentaban moderación como se dejaban arrastrar por su natural violencia, y para conquistar algunos votos entre la clase media, complacíanse en presentar la candidatura de Pablo de Flotte, no como la apología del motín, sino como prenda de paz entre vencedores y vencidos. El mismo Flotte se prestaba á esta actitud y en una carta al *National* afirmaba que su nombre era no tanto un símbolo de venganza y de odio como una simple protesta contra la deportación sin formación de causa (4). Pero en las reuniones públicas desdeñábanse estos fingimientos; en ellas figuraron sucesivamente los representantes de la Montaña. Es más, en Montmartre y en la Villette, Miguel de Bourges y Bancel emplearon un lenguaje tan faccioso, que se pidió á la Asamblea autorización para procesarles, autorización que no fué rechazada sino después que hubieron dado explicaciones retractándose de lo dicho (5). En el entretanto, los republicanos moderados se callaban, alarmados sin duda y

(1) Acta de la sesión del 22-23 de febrero del Comité democrático socialista (*La Voix du peuple*, número del 24-25 de febrero, suplemento).

(2) Carta leída en la sesión del Comité democrático socialista (*La Voix du peuple*, número de 24-25 de febrero, suplemento).

(3) Circular de M. Carlier, de 10 de febrero de 1850 (*Monitor* de 1850, págs. 499 y 500).

(4) *Le National*, número de 24 de febrero de 1850.

(5) Sesión parlamentaria de 5 de marzo de 1850 (*Monitor* de 1850, pág. 773).

tal vez descontentos, pero más disciplinados que descontentos ó alarmados.

La elección se verificó en 10 de marzo. Carnot obtuvo 132.797 votos; Vidal, 128.439, y Flotte, 126.982; los tres fueron proclamados. En los departamentos, diez de los elegidos pertenecían al partido del orden; los demás, al partido socialista.

Grande fué la emoción que se produjo entre los conservadores. Miradas las cosas fríamente, aquel resultado no era para desalentar, puesto que perteneciendo á la Montaña los treinta diputados á quienes se había de substituir y habiendo sido elegidos diez conservadores, la extrema izquierda perdía en realidad diez puestos; pero en la impresión del primer momento nadie se fijó más que en la elección de París. El nombramiento de Flotte, sobre todo, causó gran estupor, porque en él se veía el desquite del motín de Junio. Los conservadores recordaban que en el mes de julio anterior Goudchaux no había tenido más que 103.000 votos y Vidal 86.000, y se asustaban del terreno perdido. «La clase media, decía el *Journal des Débats*, ha cedido nuevamente á la tentación de dar una lección al poder, y quien la ha recibido ha sido la sociedad (1)». La Bolsa bajó, y los jefes del Parlamento, bajo la impresión del peligro, volvieron á acercarse á Luis Napoleón, de quien se habían apartado algo desde el 31 de octubre. Los que se complacen en dar consejos se despacharon á su gusto: era preciso, decían, vigorizar el poder, crear un gran ministerio y sobre todo reprimir los abusos del sufragio universal. En el entretanto, M. Baroche, personaje grato á la mayoría, muy enérgico, según decían, y ducho en política, reemplazó al ministro del Interior, M. Fernando Barrot, á quien se tachaba de débil ó de insuficiente. En 21 de marzo fueron presentados á la mesa de la Asamblea dos proyectos de ley, uno relativo á los clubs y otro á la prensa. En los periódicos reaccionarios y en el lenguaje oficial hubo un recrudescimiento de cólera contra la demagogia, y un diario, *L'Assemblée nationale*, abandonando toda circunspección, llegó á denunciar á ciertos comerciantes de los barrios ricos, de quienes se afirmaba que habían votado con los socialistas (2). Por lo que toca á los vencedores, su triunfo había aumentado su audacia y hasta se dió el caso de que el presidente de la República, que había ido á Vincennes para una revista de artillería, se viera á su regreso acosado por la rechifla del pueblo y perseguido hasta el bulevar Bonne-Nouvelle por los malévolos clamores de la multitud.

III

Los conservadores no habían apurado todavía el cáliz de los desengaños. Vidal, que había sido elegido á la vez en el Sena y en el Alto Rhin, optó por este último departamento, de donde la perspectiva de una nueva elección en París. Cesaba una agitación y comenzaba otra en seguida. Los electores fueron convocados de nuevo para el 28 de abril.

Cuanta más importancia tenía la elección, tanto más difícil era escoger candidato. En el partido demagógico

(1) *Journal des Débats* de 13 de marzo de 1850.

(2) *L'Assemblée nationale*, número del 16 de marzo de 1850.

la incertidumbre duró mucho tiempo y hasta el 13 de abril no se reunió para tomar una determinación el comité *democrático socialista* que en las elecciones anteriores había funcionado. Aquel comité, especie de conclave rojo, como se le denominaba, reunióse á las once de la noche en la calle de Charonne, con asistencia de doscientos treinta delegados. Propusieron treinta candidaturas, de las que sólo diez y seis fueron tomadas en consideración, siendo aquellos diez y seis favoritos de la demagogia Cabet, Dupont de l'Eure, Audry de Puyraveau, d'Alton-Shee, Eugenio Sue, Emilio de Girardin, Villegardelle, tres oficiales y seis sargentos ó soldados. Terminada aquella primera operación discutiose quién sería de los diez y seis privilegiados el heredero del puesto vacante. Las candidaturas de los militares fueron calurosamente defendidas sin que se omitiera la enumeración de ninguno de sus merecimientos: uno de ellos, llamado Pujo, era digno de todas las simpatías por haber sido condenado á muerte por causa política y no por abuso de confianza, como se habían atrevido á afirmar; otro, el mariscal de logis Heurtault, no era tampoco despreciable, ya que había sido enviado á Africa en castigo de sus opiniones; un tercero, el ciudadano Coullomb, parecía, á los ojos de un gran número, el más indicado para cimentar «la alianza de los proletarios del taller con los proletarios del cuartel (3)». Pero de todos los militares, el más ensalzado fué el soldado Daniel, que, á pesar de las órdenes de su coronel, se había negado á retirar su candidatura: era oriundo del Finisterre, tenía veinticinco años, no había conocido á sus padres y había sido pastor en su adolescencia y después zapatero, títulos todos muy á propósito, como se ve, para representar en la Asamblea á la ciudad de París. A todos estos méritos unía Daniel el de ser soldado raso; no era ni siquiera sargento, grado que los más austeros consideraban ya como un principio de aristocracia. Conviene, decían algunos, que se vea la charretera de lana al lado de la charretera de grandes cuentas; otros, sin embargo, objetaron en tono sentencioso «que la idea debe sobreponerse á la espada (4)». Así es que, terminado el capítulo de los militares, pasóse al de los hombres de idea, quiero decir, á los hombres que no ciñen espada. El primero que se discutió fué M. d'Alton-Shee; y como no todas las defecciones son provechosas, fué acogido con poco agrado: es menester, dijeron los más rigoristas, que haga su noviciado en la democracia, y aunque otros más indulgentes hicieron observar que el ex par de Francia había abandonado una situación envidiable para servir á la causa del pueblo, sus palabras no hallaron eco. Después fué presentado el anciano y olvidado Audry de Puyraveau. A todo esto, el tiempo pasaba y hacía mucho rato que era de día; M. Cremieux, que se había introducido en la reunión y que no gustaba de largos discursos, como no fueran los suyos, había pedido ya que se abreviara el acto. En esto llegóse á la discusión de los títulos de M. Eugenio Sue, y aunque algunos atacaron la moralidad de sus obras, otros vacilaban en considerarle como un representante

(3) Sesión del comité democrático socialista de 13-14 de abril (*La Voix du peuple*, número de 15 de abril de 1850).

(4) Sesión del comité democrático socialista del 13-14 de abril de 1850 (*La Voix du peuple*, 15 de abril de 1850).

autorizado del socialismo y muchos miraban con malos ojos una elección más literaria que política, pronto se vió que el novelista reuniría la mayoría de las adhesiones. Eugenio Sue, dijeron los más perspicaces, no es el servidor más digno de la democracia, pero su nombre es el más propio para asegurar la victoria. Las objeciones fueron escuchadas y quedaron sofocadas por los aplausos, y después de retiradas las candidaturas de Dupont de l'Eure y de Emilio de Girardin, procedióse á la votación, en la que Eugenio Sue obtuvo 143 sufragios. Unicamente el soldado Daniel intentó contrabalancear la popularidad del escritor; pero no reunió más que 80 votos. Villegardelle y Audry de Puyraveau tuvieron cada uno dos votos; los demás candidatos no lograron ninguno. Eugenio Sue fué proclamado candidato y á las dos de la tarde separóse el conclave después de quince horas de sesión.

En las democracias, la elección menos razonable no es siempre la menos hábil; las más de las veces resulta lo contrario, y así fué en aquella ocasión. Nadie parecía menos llamado que Eugenio Sue á ser el campeón de la República social; joven todavía, con su talento de novelista habíase creado un nombre en la literatura. Sus primeros libros exhalaban un pronunciado perfume de realismo y hasta, á juzgar por el prefacio del *Vigía de Koatven*, habríá podido presentarse ante un cenáculo legitimista que habríá encontrado su celo muy laudable aunque un tanto excesivo. Su fama literaria habíale valido numerosas relaciones, que él habíá escogido en la sociedad más aristocrática ó por lo menos más fastuosa. Sólo mucho tiempo después cambió de asuntos, de escenarios y de doctrinas, publicando *El Judío errante* y *Los misterios de París*, ruidosas apologías de todas las pasiones en detrimento de todos los deberes; pero al emprender este nuevo rumbo no perdió su afición á los placeres refinados, y sus novelas, publicadas en folletín y explotadas como obra tan industrial como artística, le habíán permitido aumentar el tren de su lujo y de sus elegancias, lo que no dejó de hacer, porque de todas las virtudes democráticas la austeridad era la que menos apreciaba. A pesar de todo, los que eligieron á Eugenio Sue como representante de la demagogia no se engañaban más que á medias: cierto que ignoraba ó desdeñaba el socialismo teórico, el que estudia en la pobreza y en el sufrimiento, se nutre de ilusiones, se engaña á sí mismo antes de engañar á los demás y á veces se ilumina y se ennoblece con alguna reminiscencia cristiana; pero el socialismo práctico, el que quiere gozar á todo trance por el orgullo ó por los sentidos, el que niega las leyes morales porque le molestan, y que sabiendo que la vida es corta no quiere perder un solo día para la ambición y el placer; ese socialismo, mucho mejor comprendido y apreciado que el otro, no podía encontrar órgano más digno ni más fiel. Además, no habíá menestral, artesano ó portero que no hubiese leído en el *Constitutionnel* y en el *Journal des Débats* *El Judío errante* ó *Los misterios de París*. Ningún nombre habíá sido más vulgarizado por la prensa que el de Eugenio Sue; su candidatura era realmente una candidatura socialista, pero disimulada bajo una careta literaria y presentada bajo un aspecto suavizado, y en esto estribaban toda su fuerza y todas las probabilidades del triunfo.

Los conservadores comprendieron la gravedad de esta designación. Todavía no tenían un propósito fijo, pues si bien en un principio habían elegido á M. Fernando Foy, el primero de los derrotados en 10 de marzo, este nombre recordaba un reciente fracaso y además no era grato á la fracción legitimista. El comité de la *Unión electoral*, que apoyaba á M. Foy, parecíase á esos generales á quienes nadie hace caso porque ya han sido vencidos. Pero ante el reto de la candidatura de Eugenio Sue, el partido del orden tuvo empeño en devolver á sus adversarios habilidad por habilidad; y como lo que más dominaba de día en día era lo imprevisto, véase cuál fué el personaje que lo imprevisto suscitó.

El 23 de junio de 1848 combatía en la puerta de Saint-Denis, en las filas de la guardia nacional, un comerciante llamado Leclerc, quien tenía á su lado á su hijo mayor, que cayó mortalmente herido por algunos balazos. Leclerc, ayudado por un oficial, levantó al moribundo y lo llevó á su casa; pero al poco rato comparció acompañado de su hijo segundo, al que presentó al comandante de su compañía diciendo: «Capitán, este es mi segundo hijo, que viene á vengar á su hermano y á defender conmigo la causa de la verdadera libertad.» Y habiéndole sus camaradas, conmovidos ante tan gran prueba de civismo, instado para que se volviera á su casa, respondió: «Hemos de permanecer entre vosotros; este es el lugar que nuestro deber nos señala.»

Tal fué el rasgo heroico que, oportunamente recordado, atrajo la atención sobre aquel simple soldado del orden, valiente en el combate y vuelto á la obscuridad después de la victoria. El día 15 de abril, en una reunión de diputados, delegados de la guardia nacional y representantes de la prensa, se propuso la candidatura de Leclerc, que fué inmediatamente proclamada y á la que, en medio de la confusión imperante, no se vaciló en calificar de *providencial*. Los jefes del partido de orden la admitieron; el comité de la Unión electoral vióse obligado á aceptarla, y M. Fernando Foy retiró la suya.

Desde aquel momento, conservadores y socialistas lucharon encarnizadamente para conquistarse el sufragio universal. El partido del orden recordaba el pasado de Eugenio Sue, reproducía irónicamente sus páginas legitimistas y de un sabor casi feudal y no se escatimaba las chanzas acerca de la disciplina del partido republicano. ¡Cómo!, decían, ¡*Le National*, *La Presse* y *Le Siècle* pasan con la misma humildad por las horcas caudinas del *Conclave rojo*! En el entretanto, el ministro del Interior, M. Baroche, prodigaba las severidades administrativas: menudeaban los embargos de los periódicos; Proudhón, hasta entonces detenido en la Conserjería, era trasladado á Doullens; los buhoneros eran rigurosamente vigilados y se cerraban las reuniones electorales facciosas. Los republicanos, por su parte, indignábanse de la designación de Leclerc, propia, según ellos, para resucitar el recuerdo de la guerra civil, y unas veces aparentaban poner en duda el rasgo de heroísmo de su nuevo adversario y otras discutían su reputación comercial. Los conservadores respondían á estos ataques con los testimonios de guardias nacionales que habían visto á Leclerc en el combate ó con certificados de comerciantes que atestiguan la probidad de su colega, y no escatimaban nada para hacer popular á su candidato, ora trazándole una biografía favora-

ble, ora atribuyéndole frases ó réplicas felices como la siguiente: «Defenderé en la Cámara la misma causa que defendí enfrente de las barricadas.» Los diarios propalaban toda suerte de detalles, verdaderos unos, otros falsos: afirmábase que Leclerc era uno de los condecorados de Julio, que habíá formado parte del consejo municipal de Passy, que se habíá batido en tiempo del Imperio y que habíá sido herido en Waterloo, y rodeábase su nombre, antes tan obscuro, de una verdadera aureola que llegaba á ser molesta para el propio interesado, quien rechazaba tan excesivos elogios, dando con ello pruebas de buen sentido, ya que el elogio desmedido engendra el ridículo y el ridículo lo quebranta todo, incluso el heroísmo.

Aquellas enconadas disputas daban el resultado que producen siempre, ó sea hacer perder á los partidos todo sentimiento de equidad; y bien quedó esto demostrado por un acontecimiento que en aquella sazón sobrevino. Cuando los ánimos estaban dominados por aquella fiebre electoral, tívose noticia de una gran calamidad pública: en 16 de abril un batallón del 11.º ligero, procedente de Rennes y que por etapas se dirigía á Africa, hallábase cerca de la ciudad de Angers, para llegar á la cual sólo le faltaba atravesar el puente de la Basse-Chaine, puente colgante construído sobre el Maine. Soplaban un fuerte viento, acompañado de lluvia, que agitaba el tablero del puente y las aguas del río. El pelotón de vanguardia, los tambores y las primeras filas de los músicos llegaron sin novedad á la orilla izquierda y penetraban ya en la población; las primeras compañías estaban todavía sobre el puente luchando penosamente contra la tempestad. ¿Qué sucedió en aquel momento? ¿Estaba el puente en mal estado, ó acaso los soldados, impacientes por llegar á su alojamiento, apresuraron el paso sin guardar las distancias? Sea lo que fuere, lo cierto es que de pronto se oyó un crujido, las cadenas se rompieron, el tablero cedió y aquellos infelices soldados cayeron al río. El huracán hacía sumamente difícil el salvamento; aquellos hombres, apretados unos contra otros, mutuamente se paralizaban y se herían con las bayonetas. Los socorros, aunque acudieron con presteza, resultaron tardíos; más de doscientos cadáveres fueron recogidos en las aguas.

Parece natural que al primer rumor de tan funesto accidente todos los corazones debían de haberse fundido en un solo sentimiento de piedad, y sin embargo no fué así. La Asamblea votó un crédito de 150.000 francos; abriéronse suscripciones particulares, y Luis Napoleón partió para Angers á fin de llevar personalmente socorros y consuelos, y en Roma el papa rezó por nuestros soldados y envió 10.000 francos para las familias de las víctimas; pero mientras hacían explosión estos testimonios del dolor público, una parte del partido demagógico pensaba, no en deplorar ni aminorar los efectos de la catástrofe, sino en explotarla para la próxima elección. «El 11.º ligero, decían, estaba imbuido de las nuevas ideas y era, por ende, sospechoso y para castigarle se le enviaba á Argel; y el puente de Basse-Chaine no era el camino ordinario de las tropas.» De modo que se proclamaba la imprudencia y se insinuaba la premeditación criminal; el gobierno, no obstante, pudo confundir fácilmente aquellas calumnias más torpes aún que infames. Mas, por desgracia, una polémica

semejante entablada sobre la misma tumba de aquellos pobres soldados demostraba mejor que todo lo demás la perturbación de ciertas almas.

Bajo estas impresiones verificóse la elección: á un lado estaba un novelista inconsistente, dado á los placeres, que se habíá hecho rico con las pasiones populares; á otro, un veterano de las grandes guerras, hijo del pueblo, que habíá dado recientes pruebas de heroísmo y era inofensivo, no sintiendo enemistad por nadie ni siquiera por la República. Y á pesar de esto, el viejo soldado fué derrotado y Eugenio Sue elegido. Un síntoma significativo reveló la intensidad de la propaganda socialista: en 10 de marzo, el ejército de París habíá dado mayoría á Flotte; también ahora se la daba á Eugenio Sue.

IV

El escrutinio de 10 de marzo habíá asustado á los conservadores; el de 28 de abril los alocó. Muchos hubieran podido darse golpes al pecho en señal de arrepentimiento; pues la elección de Eugenio Sue tenía un cómplice en cada lector del *Judío errante* ó de los *Misterios de París*. Los valores en Bolsa, ya en baja, sufrieron una nueva depreciación: el cinco por ciento, en un solo día, bajó más de dos enteros. Muchos extranjeros abandonaron la ciudad por temor á disturbios. Las transacciones comerciales se encalmaron. Se comentaba la votación de los militares, preguntándose dónde estaría la salvación si hasta el ejército caía en el socialismo. La gente de orden se perdía en conjeturas sobre las causas de aquellas persistentes derrotas. Algunos las atribuían á la defección de una parte de la burguesía descontenta de las leyes de instrucción pública. Otros, principalmente entre los familiares del Elíseo, no dejaban de repetir que la Asamblea se habíá mostrado hasta entonces demasiado indiferente á las cuestiones sociales y que recogía el fruto de su indolencia. En medio de todas aquellas interpretaciones diversas, dominaba un sentimiento y este era el de la cólera. El espíritu público, desde luego indeciso sobre el remedio, pidió de un modo vago y casi al azar toda clase de medidas represivas. Según la pública opinión, habíá que revisar la ley fundamental, deportar á los enemigos irreconciliables de la sociedad, reprimir los excesos de la tribuna y de la prensa. Pronto aquellas recriminaciones tomaron cuerpo y se precisaron. Los socialistas debían sus éxitos al apoyo de obreros nómadas, vagabundos, mendigos y licenciados de presidio; y empezóse una campaña contra el sufragio universal, que habíá sido el ídolo del 24 de febrero. Cierto es que se le atacó afectando respetarlo en principio y pidiendo que fuese reglamentado. Apoyábanse, los que tal proponían, en la opinión expresada por Lamartine en una publicación reciente. «La sociedad republicana, habíá dicho, tiene tantos más derechos á reclamar garantías morales al sufragio universal, cuanto que renunció cuerdamente á todas las garantías materiales de fortuna ó de censo (1). Estas doctrinas se habíán abierto ya paso después del escrutinio del 10 de marzo. Después de la elección de Eugenio Sue, hicieron explosión.

(1) Lamartine, *Le Conseiller du peuple*, pág. 199.